

amada no menos por él que por Fingal. Muestra que desde el tiempo de aquella, habia concebido mucha propension en su favor y le recuerda la sensible prueba que le dió en aquella vez. Con esto induce á Svarano á avergonzarse de conservar odio y rencor contra una persona que desde largo tiempo lo habia provocado al afecto y benevolencia. Finalmente, poné por obra un rasgo de generosidad singular que debia rendir él ánimo mas indomable. Svarano estaba vencido: Fingal era dueño de su vida y de su libertad. Empero éste se olvida de su victoria: supone que Svarano sea libre como antes de la batalla, y propone para satisfacerlo un nuevo combate personal, como si el pasado no debiera decidir que Svarano no es un enemigo vencido, sino un noble huésped, á quien se desea honrar. A tanta generosidad Svarano se ennoblece, y su ferocidad va cambiando en grandeza.”

## CAPÍTULO VII.

## DEFECTOS EN LAS TERTULIAS.

§. 19. *Concurrencia superior á la capacidad del local.*

CONVIDAR mas personas de las que puede contener el local, es invitarlas á sofocarse de calor, á permanecer de pié con mucha incomodidad y á no ser servidas si tienen sed. Este uso reina en Inglaterra, en sus llamados *routs* ó grandes tertulias. Elige una señora un dia en que tendrá su *roul*. Despacha billetes de convite á mas de cien personas, no porque sean sus parientes, sus amigos, sus conocidos, sino porque *las ha visto* y porque su presencia grangeará crédito á la reunion.

Antes de las once de la noche [*lo que se llama el momento de alta marea*] la casa hierva en personas de todos rangos y secos. Se ponen las mesas de juego en todos los rincones de la casa, y tantas en cada uno cuantas puede contener, dejando apenas bastante espacio para que puedan los jugadores pasar ó sentarse. Circulan en los departamentos el café, té y limonada.

La confusion es la verdadera esencia de un *roul*. Una dama que tiene estas reuniones, no consulta la

capacidad de sus salas, sino la lista de las personas de buen tono. Ella convida siempre mas de las que pueda recibir: se complace de los inconvenientes del cansancio, del ruido y del calor, con tanta satisfaccion, con cuanta escucha un actor los gritos y aplausos de los espectadores que asisten á una representacion teatral destinada en su beneficio. Las equivocaciones de los criados, la pérdida de alguna valiosa alhaja, las repetidas exclamaciones de: *¡Dios mio, qué calor hace! estoy para desmayarme, &c.*, son estremamente agradables á su oido. Nada falta á su felicidad si llega á saber que hay tumulto en la calle, que los criados de algunos pares se han dado buenos golpes, que los coches se han despedazado y que alguno de la tertulia ha sido robado en la puerta; porque todos estos accidentes, esparciendo el rumor por la ciudad, llevarán el nombre de Madama \*\*\* de una á otra estremidad.

El juego es el único placer que allí se encuentra: pérdidas considerables procuran fama á un *rout*; y si un jóven heredero queda arruinado, es segura para siempre la celebridad de la casa. Tal vez se baila en los *routs* y sigue luego una gran cena; pero falta siempre lo que forma la delicia del baile, la gracia y la alegría.

El local destinado á una tertulia es defectuoso, cuando los concurrentes, atendida la situacion de los canapés, no pueden unirse en línea circular ó estar enfrente unos de otros. Cuando quedan sen-

tados en línea recta de una sola banda, la conversacion se corta en fracciones, y de general se hace particular; lo que va espuesto á varios inconvenientes como se dirá en el párrafo siguiente.

§. 2º *Conversacion particular sustituida á la general.*

La conversacion es general, cuando cada uno de los presentes contribuye á ella como actor ó espectador. Es particular cuando los presentes se dividen en corrillos estraños, por decirlo así, unos á los otros, aunque reunidos en la misma pieza.

Supongamos, por ejemplo, una tertulia de doce personas; es fácil conocer que si quedan unidas en un solo corro conseguirán mayor efecto con menor esfuerzo, que si se dividieran en cuatro. En efecto, en el primer caso para entretener á doce personas basta una, mientras que en el segundo se necesitan cuatro. En el uno, un solo chiste basta para hacer reir á doce personas; y en el segundo se circunscribe á cuatro.

Cuando la conversacion es general, una idea verdadera, pero inesacta, anunciada por un individuo, es rectificada por un segundo, comentada por un tercero, demostrada por un cuarto, &c., de modo que al fin del discurso se ha producido una verdad resplandeciente.

Al contrario, sepárense estos contribuyentes en cuatro corros, y se verá que, en lugar de aquella

verdad hecha comun á doce cabezas, quedan en cada una de ellas ideas medias, nociones inconcluyentes, noticias aquí inesactas, allá falsas, y de las cuales nada puede deducirse. Sucede en la produccion del placer en las conversaciones, lo que en la produccion de las riquezas en la agricultura ó en las artes. Pedro posee el arado, Pablo los bueyes, Juan la habilidad de arar: si estos individuos se asocian, la labranza se efectúa, y no así permaneciendo separados.

Quando por lo mismo alguno separa á dos ó tres individuos de los presentes, comete una especie de hurto contra los demás, porque los priva del placer que producirían en ellos las personas joviales y de ingenio que él ha robado. Él mismo debe ser mirado como un desertor ó un contribuyente moroso.

Es un hecho demostrado por la esperiencia que los sacudimientos sensibles se aumentan comunicándose, atendida la fuerza subsidiaria que les presta la imaginacion de los presentes; por esto un chiste que hace reir á cuatro personas en un grado como cuatro, hace reir á doce en uno como cinco ó seis.

Ademas, si asisten doce personas al discurso del que habla, él desenvolverá sus ideas con mayor cuidado y atencion que si solo asistieran cuatro. Esto se reconoce mejor en los congresos ó juntas políticas, que mientras mas numerosos, son mas brillantes los discursos de los oradores, de mucho mayor

interés y de un efecto mas seguro. Un hombre apenas se conoce ser el mismo, hablando á una reunion numerosa, que quando le tratamos en lo privado ó en círculos reducidos.

Quando la conversacion es general, un hecho cualquiera, espuesto por el que habla, va á agitar doce imaginaciones, en las cuales se encuentran asociados otros hechos y diversos en cada una; consiguientemente se debe esperar mayor movimiento en las ideas que alimentan la conversacion y mucha mayor variedad.

Si en vez de las doce personas que hemos tomado como número de la hipótesis, fuesen mas los concurrentes, los corros aparte serian menos condebles; puesto que admitiendo las indicadas ventajas de la conversacion general, es preciso admitir igualmente que la gana de hablar es vivisima en muchos; y que ésta queda menos satisfecha en la conversacion general que en los corrillos parciales. Por otra parte, quando la conversacion es demasiado numerosa, merma en algunos la alegría, porque disminuye la confianza.

Es cosa muy rara que la conversacion permanezca general quando entre doce concurrentes hay mas de una señora; porque cada una se hace centro particular, á cuyo rededor se une naturalmente una parte de los circunstantes. Dicese que es cosa rara, porque no es imposible, que una atencion y delicadeza especial en las señoras, se esfuerce á prevenir la division.

§. 3.<sup>o</sup> *Hablar muchos á un tiempo.*

Cuando muchos hablan á un tiempo, tal parece que se asiste á la conversacion de las ranas que hacen por superarse á porfia unas á otras y procurarse la celebridad de ensordecer á los oyentes.

En algunos se unen estos tres defectos: 1.<sup>o</sup> la manía de interrumpir á otros; 2.<sup>o</sup> la impaciencia de sentirse interrumpidos; 3.<sup>o</sup> la pretension de que los otros no se distraigan, mientras ellos los aburren.

Cuando muchos hablan á un tiempo, se cansan los pulmones y los esófagos de los habladores: se enfadan los concurrentes con tan ininteligible alharaca; se ven precisados á repetir una misma cosa; se aferran mal las ideas; y se consume el tiempo y la fatiga en combatir quimeras. Y como además se habla por placer ó instruir y no por hacer gala de conocimientos, por tanto, cuando nos interrumpe la impaciencia de otro, el mejor consejo es dejarle libre el campo y callar, mas bien que golpear inútilmente las orejas de quien no quiere escuchar. Los franceses son de todas las naciones los mas sujetos á estos defectos, por la vivacidad é impaciencia de su carácter. Un francés decia á Burnet, obispo de Salisbury, que para los ingleses meterse á cartujos era cosa muy meritoria, porque no podian renunciar sino con mucha dificultad á un trozo de carne. A esto respondió Burnet: No es menos meritoria para vosotros los franceses, su puesta la ley del silencio.

§. 4.<sup>o</sup> *Alegría clamorosa.*

Un grado moderado de sal hace los manjares agradables á todo paladar; los grados mayores, que solo pueden agradar á poquísimos, estinguen el apetito en los demás. La alegría moderada en las conversaciones pasa fácilmente de uno en otro ánimo, y es acogida con risueña frente por todos. La alegría clamorosa se comunica á pocos y ordinariamente espira sobre el labio del que quiere escitarla.

Tres son las causas de este fenómeno.

1.<sup>o</sup> Los caracteres frios no siendo susceptibles de una alegría clamorosa, se arman contra ella y le oponen la reaccion de la indiferencia.

2.<sup>o</sup> Dependiendo la alegría clamorosa de un modo particular de ver las cosas, algo extraño, y las mas veces de mengua de espíritu, no pueden aprobarla los caracteres racionales y sensatos.

3.<sup>o</sup> La alegría moderada se comunica mas fácilmente que la clamorosa, porque dista menos del estado habitual del espíritu.

Cualesquiera que sean las causas del indicado fenómeno, parece indudable que si la alegría moderada fomenta la conversacion, la clamorosa tiende á estinguirla; y ni puede ser de otra manera, porque en efecto, durante la esplosion de la risa immoderada, no pudiéndose comunicar á los ánimos los movimientos de una alegría mas tranquila, todos

los que no participan de la primera, se ven defraudados de los segundos; por esto mientras algunos rien á fuertes carcajadas, los otros quedan aperebidos al desprecio ó bostezan; ellos experimentan aquella ingrata sensacion que siente el que atento al dulce sonido del arpa, es improvisamente atronado por el ruido de las campanas. Despues de la esplosion de las risas inmoderadas, se sigue una seriedad helada como despues de los fuegos artificiales parece la oscuridad mas profunda. Una alegría clamorosa nos echa repentinamente fuera de la calle, y por decir así, sobre una eminencia, en que no sabemos de donde hemos venido y adonde váyamos á parar; de aquí la serenidad, el silencio, alguna exclamacion y la dificultad de recobrar el hilo de amenos discursos.

V. La alegría clamorosa no comunicándose á otros, y siendo muy pocos los capaces de reanimarla, quien la escita se encuentra en la necesidad de hacer todo el gasto, y por ello si quiere permanecer sobre le escena tiene que representar el personage de bufon.

La alegría moderada, hija de una buena conciencia, animada por una imaginacion risueña, halla fácilmente motivos de inocente pasatiempo y de una digna sonrisa en la escena moral, según queda espuesto mas arriba.

La alegría clamorosa, hija tal vez de una comilitona ó de una imaginacion desarreglada, ó mas

bien de una sensibilidad obtusa y pequeñez de alma, acompañada casi siempre de grosería, halla pasto en la torpe burla de los presentes ó ausentes y en la representacion de actos soeces, plebeyos y villanos.

### §. 5.º *Locuacidad escesiva.*

La conversacion es como una hacienda comercial: cada uno debe poner en ella su parte y participar del producto. El hombre que calla siempre en una conversacion, quiere tener parte en el producto sin poner nada de lo suyo. El que habla siempre es un parcionero, que quiere para sí todos los productos. En general, en las conversaciones cada uno desea vender la propia mercancía mas bien que adquirir la agena; y en vez de formarse una idea justa de los otros, aspira á darla de sí mismo.

Agitados de la manía de hablar, no pocos pretenden comparecer en la tribuna sin querer nunca bajar; por esto hablan sobre todo, de un libro nuevo por solo la lectura á saltos de cuatro ó cinco páginas; de una nueva máquina por solo haber visto una pieza; de un cuadro por solo haber admirado su marco; y deciden y sentencian sin instruccion, semejantes al juez de Aristófanes, que encerrado en casa de sus padres, quiso al menos dar sentencia entre dos perros.

Los inconvenientes á que se espone un hombre que habla demasiado, son los siguientes: 1.º, fatiga sus pulmones: 2.º, se ve precisado á repetir las mis-

mas cosas, lo que causa fastidio y descubre los límites de su espíritu: 3º, se espone á decir despropósitos, queriendo hablar de cosas que no le son familiares, y demuestra no saber ninguna, porque los que saben bien una cosa, se abstienen de hablar de las que ignoran: 4º, ofende á los que querrian hablar en vez de él: 5º, hace á los otros mas severos para juzgarlo: 6º, impide la difusion de ideas mejores que las suyas: 7º, por procurar alimento al discurso, descubre tal vez los secretos ajenos; por lo que se muestra indigno y se priva de la confianza de otros: 8º, olvida frecuentemente las conveniencias, no tiene consideracion al carácter de las personas con quienes habla, al lugar en que se encuentra y á la situacion de los ánimos. Para mejor concentrar en sí las miradas de todos, salta en pié, gesticulando con cabeza y manos; y si alguno se atreve, no á poner en duda su infalibilidad, lo que verdaderamente seria una impertinencia sin igual, sino solo á proponer una objecion, él vuelve gallardamente las espaldas, sonriendo entre sí de la simplicidad del opositor, ó responde como la *pitonisa*, que se mostraba furiosa cuando no sabia cómo sustraerse á una pregunta importuna. Como todo pedante, hace un uso frecuente é inoportuno de conocimientos técnicos en la conversacion mas trivial, á los que dá una importancia escesiva; y cita á Platon y Aristóteles, á Santo Tomás y S. Ambrosio, á Say y Smith, á Bentham y Beccaria, á Fritot y

Vattel, para cosas en que basta la simple enunciacion hecha por un cargador para concebir su verdad.

Estos eternos habladores, por lo regular cabezas superficiales, y tal vez privadas de sentido común, afectan saber lo que ignoran, entender lo que es superior á sus conocimientos, poseer lo que realmente les falta. ¿Se trata de una noticia? Ellos la sabian: ¿de una ciencia? la han estudiado: ¿de un hecho extraordinario? ellos han sido testigos: ¿de un juego? lo han enseñado á su abuelo; y por gana de parecer instruidos, alejan de sí la instruccion.

La locuacidad presuntuosa de los jóvenes, es una consecuencia necesaria de la vanidad general común á todos los hombres, y de la educacion particular, que se supone científica y verdaderamente insensata, que recibieron en los primeros años de su juventud.

Así como cada uno pretende mostrar riqueza con la ostentacion de los vestidos, así procuran muchos mostrar talento con el follage de los conocimientos. Creerian haber perdido su tiempo y fatigas, si abrieran la boca sin decir alguna cosa ingeniosa. Queriendo presentar cierto aticismo en sus rasgos y superar la espectacion de los que los escuchan, hacen esfuerzos que atormentan á los presentes y ellos se ponen en ridículo.

*Hacer eunuco el entendimiento y fecunda la imaginacion*, tal era el problema que se proponian los institutores en el siglo pasado. Una cancion-

cilla; un sonetito, un poco de latin, un esqueleto cronológico de la historia, un índice de los nombres de ciudades y rios llamado geografia; en suma, palabras y mas palabras, y jamás cosas, constituian el capital intelectual, el inmenso follage sin frutos que compraban los jóvenes á muy subido precio. Habitados á aceptar palabras sin conocer su significado en las primeras escuelas, aceptaron palabras en filosofia sin correspondientes ideas; y pronunciando ciertas voces místicas, creyeron haber profundizado en la ciencia del hombre; dígase lo mismo de otros tantos sistemas que lograron fama y renombre por solo la magia de las palabras y el hábito de admitirlas sin ecsámen. De aquí fué que las conversaciones abundaron de parlanchines, que por ser verbosos, se creian elocuentes y halagando el oido se lisongeaban de instruir y persuadir.

El don de hablar con prontitud y facilidad es en verdad muy apreciable, y no puede ser descuidado sino por el que ignora que para convencer el entendimiento, es fuerza las mas veces seducir las pasiones que le sirven de obstáculo; pero este don por sí mismo no es el mas seguro indicio de un pensar profundo. Muchos buenos talentos no llegan á desenvolver sus ideas sino con el auxilio de la meditacion; y se ha observado que los escritores de profesion, no son los que mas brillan en las reuniones sociales. En los discursos hablados de Rousseau

no se veía ni sombra de aquel estilo que tanto admira en sus escritos.

Pitágoras, para reprimir en los jóvenes la escésiva locuacidad, ecsigia de sus discípulos un absoluto silencio en los cinco primeros años de sus lecciones: ésto era llevar las cosas al extremo opuesto, y despedazar la rama para enderezarla. Mas cuerda la antigua caballería, decia á sus secuaces: *Sed siempre el último en hablar en medio de hombres que os superan en edad, y el primero en combatir en la guerra.*

El que se finge dotado de conocimientos que no tiene, pierde el derecho á ser creído en los negocios sociales. Queriendo mostrar demasiado talento, queda uno cargado con todo el peso de la conversacion, y se pierde en *afecto* lo que se gana en *admiration*; porque hablando generalmente, los hombres no aman á los que los eclipsan.

Cuando no hay un argumento interesante que proponer, la urbanidad ecsige abstenerse de hablar, en vez de atormentar la paciencia de otros con fruslerías pueriles y enfadosas. Por ésto el abate de Saint-Pierre, que no discurria mucho en la conversacion, no por esterilidad ni desprecio, sino por temor de fastidiar á los que le escuchaban, decia: Cuando yo escribo, nadie está obligado á leerme; pero aquellos á quienes yo querría obligar á que me escuchasen, se tomarian la pena de afectarlo y yo procuro ahorrársela con todos mis esfuerzos. Además, quien

quiere hablar de lo que no entiende, corre el casi muy seguro riesgo de grangearse el título de ignorante. Así el abate Choisy, que no era docto; pero que distaba mucho de quererlo parecer, escribiendo á un amigo suyo sobre sus conversaciones ó su silencio con los sabios misioneros que habia encontrado en su embajada á Siam, se esplica de este modo: "Yo ocupó un puesto de escuchante en sus reuniones, y me sirvo siempre de vuestro método; una gran modestia y ningún prurito de hablar. Cuando me viene naturalmente la pelota, y que me siento instruido á fondo de lo que se trata, entonces me dejo forzar, y hablo quedo, igualmente modesto en el tono de la voz que en las expresiones. Este método produce un efecto admirable, y muchas veces, cuando no abro la boca, se cree que es porque no quiero hablar, mientras que la verdadera razon de mi silencio es una ignorancia profunda, que es conveniente ocultar á los ojos de otro." De esta modesta confesion, añade d'Alembert, se infiere que el abate Choisy no se parecia á ciertos parleruelos, que aguijados de la manía de hablar de cuanto ignoran, merecian la respuesta que dió un artista griego en su taller á los ridículos razonamientos de un aficionado: *Guardaos de hacerlos oír de mis discípulos.* En efecto, hablan con tal ligereza, que muchas veces el hombre fino y de urbanidad, se abstiene de hacerles alguna objecion por temor de verlos enmudecer. Los habladores

se hacen callar con no darles hilo á sus discursos, como un violinista hace parar á los que bailan dejando de tocar.

### § 6º Continuation del mismo asunto.

La locuacidad escesiva es un defecto que suelen reprender los moralistas al bello seco. Así dicen, que mostrar mucho ingenio con las mugeres no es el mejor medio de cautivar su afecto. Una dama de alto tono, que se habia escogido por amigo un jóven de hermoso aspecto y mucho talento, díjole un dia que podia retirarse, porque no gustaba de personas que hablaban mucho.

Este defecto se les ha reprendido tambien desde el púlpito: un predicador hablando delante de una comunidad de monjas en un dia de Pascua, les dió á entender que Cristo resucitado se apareció primero á las mugeres que á sus discípulos, para que se difundiera mas rápidamente la noticia de su resurreccion.

El indicado defecto podria confirmarse por el uso de las negras de la ribera de Gambia, que siendo aplicadísimas á las labores, para evitar la maledicencia y los discursos inútiles, suelen llenarse de agua la boca mientras trabajan.

La locuacidad de las mugeres, á nuestro entender, corresponde á dos fines de alta importancia. Uno es que siendo las primeras en educar á los niños, deben ejercitar sus tiernos oídos con una charla continua é imprimir en sus débiles cerebros mu-



chas huellas ideales, que sin ese socorro difícilmente se estamparian.

Es el segundo, que estando destinadas á hacer querida ó menos áspera la vida al hombre, deben estar dotadas de una sensibilidad exquisita, que se resienta prontamente á todos sus afectos, así como de facultades para insinuarse con gracia y gallardía en su ánimo, entretenerlo con pláticas sentimentales y aliviarlo en sus penalidades. No se sabria decir si este sea el motivo por qué generalmente superan las mugeres á los hombres en la gracia de la voz y del canto.

Esa garrulacion, que Juvenal y otros poetas reprehenden á las mugeres literatas, por la cual si se sientan á la mesa, la convierten en escuela para dar sentencias y reglas, elogiar al cantor de Eneas, enternecerse por la pobre Elisa, poner en un platillo de la balanza á Maron y en el otro á Homero, sin dejar hablar á nadie; esa garrulacion, pues, es igualmente condenable en las mugeres que en los hombres; y lo que ha dicho Moliere de las mugeres sabidillas, se aplica en general á los hombres del mismo linage. El enfado que procede de la locuacidad no disminuye en razon de la barba, al paso que por la inversa crece de estimacion si sale de un lindo lábio.

#### § 7º Taciturnidad.

La historia de Aténas y Esparta nos presenta dos extremos en el modo de hablar. Los atenienses de

tal suerte eran invadidos de la manía charlante, que hacian largas disertaciones sobre fruslerías, explicaban doctamente de cuántos modos puede hacerse una cabriola, hablaban en alta voz al público, disputaban por las calles, se detenian en los mercados y resguardábanse bajo un pórtico para resolver problemas del modo mas ruidoso. Plauto los describe en acto de llevar bajo los pliegues de su manto muchos libros para convencer á sus adversarios con acciones y sentencias decisivas. Los espartanos eran por el contrario, silenciosos mas que las piedras.

Desaprobando la verbosidad de los atenienses y la taciturnidad de los espartanos, es de condenarse con mayor razon el laconismo de los últimos, quienes, no respondiendo sino con monosílabos, dejan entrever un orgullo ofensivo. Filipo, rey de Macedonia, habiendo escrito á los espartanos que si entraba en su territorio ejecutaria sus venganzas, no respondieron mas que *sí*. Escribian muchas cartas lacónicas, es decir, impertinentes; pero luego que fueron completamente derrotados en Leuctres, comenzaron á alargar sus frases. "Yo soy, decia Epaminondas, el que les ha enseñado esta urbanidad."

La tacha, pues, de inurbanidad dada á la taciturnidad es muy antigua, y con razon, principalmente cuando son *personas adultas* las que callan; porque si es necesaria la reserva para no esponer pensamientos, que después se querrian en vano revolv-